

# CENTENARIO DE LA FUNDACION DE LOS ESTUDIOS DE COMERCIO



## Misión del Economista

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL CATEDRÁTICO  
ILMO. SEÑOR DON GERMÁN BERNÁCER TORMO,  
en la solemne sesión de clausura que tuvo lugar el día 28 de  
Abril, en el Salón de Actos de la Escuela Superior de Comercio.

MADRID

1954

# P R E L I M I N A R

Este discurso que se lee en la sesión académica dedicada a clausurar los actos conmemorativos de la fundación de los Estudios de Comercio en España corre a cargo de D. GERMAN BERNACER TORMO, veterano y prestigioso Catedrático de Escuela de Comercio, y su designación no ha sido hecha por vía de azar, sino por propósito deliberado, en el que ha pesado su recia personalidad en el campo de la ciencia económica.

Estas líneas preliminares están destinadas a exaltar, con ocasión del cierre de un siglo de vida de las enseñanzas mercantiles de nuestro país, algo que es trascendente y valioso para el perfeccionamiento y porvenir de la humanidad: la investigación en el campo de la ciencia llevada a cabo por el profesor BERNACER.

Con independencia del mucho o poco bien que la carrera de Comercio pueda suponer para España —creemos que muchísimo—, hubiera sido triste y desgraciado que sus primeros cien años de existencia hubieran quedado subrayados tan sólo por los avances de la técnica mercantil, medidos en crecimiento material. Un conocimiento fundado de los métodos económico-administrativos y de dirección de empresas es siempre cosa muy interesante, aunque insuficiente para valorar todo lo que queremos significar cuando decimos "progreso de la ciencia". La técnica es aplicación concreta de principios deducidos de verdades de valor universal, que es lo que caracteriza a la ciencia. Esta es la verdadera palanca y sostén del progreso, y, por ello, nada significaría la Técnica mercantil española después de cien años si sus hombres representativos nada hubieran aportado al acervo cultural y científico del mundo y de la sociedad.

En la encrucijada de tener que elegir una voz autorizada que pudiese punto final a nuestro centenario, nadie nos ha parecido más

adecuado que el profesor BERNACER. El, como otros españoles de rango científico y destacación internacional, nos ha sido descubierto por el extranjero, y ésto, que nos llena de orgullo porque es la forma auténtica de honrar a nuestra Patria, hay que reconocer que no es la mejor ni la más propia para que conozcamos nuestras figuras nacionales. Todo pueblo tiene la obligación ineludible de admirar y agradecer el trabajo de sus hijos, mucho más que ninguno, el de carácter científico, no sólo porque con ello se rinde un tributo de justicia, sino también porque de este modo se estimula y se alienta al investigador, que más que premios materiales por el mérito de su obra, precisa del calor de sus conciudadanos y del apoyo de la nación que le ha visto nacer.

Con los hombres de ciencia sucede algo parecido a lo que ocurre con los hechos que merecen el nombre de Historia: no se les reconoce como tales, sino a través de la perspectiva del tiempo, que cuanto más grande, más luz arroja para poder apreciar el verdadero valor. Pero de aquí, a que nos tengan que decir de fuera cuáles son nuestros hombres que valen, media un abismo. Existe en nuestra comunidad nacional una propensión fatídica a negar nuestros valores de todo orden, y no se perdona prestigio político, ni triunfo profesional, ni éxito de investigador. Hay que convenir que ésto es una calamidad nacional, que estigmatiza a nuestro pueblo y que la generación joven no puede tolerar ni admitir. El españolismo verdadero tiene muchos frentes donde ejercitar sus bríos y combatir, pero este de la defensa de nuestros valores de proyección científica en el mundo, bien merece la pena de una defensa ambiciosa y decidida bajo el calificativo, nunca mejor empleado, de "interés nacional". . . .

Hacer relación de méritos de los economistas españoles para, mediante comparación, destacar la obra del profesor BERNACER, no sería oportuno ni discreto. Su significación de hombre formado y entregado a la Carrera de Comercio, como valor social de la misma y como persona que ama con pasión todo cuanto significa la Técnica Mercantil en sus aspectos de ciencia, nos la da a conocer D. H. ROBERTSON en su trabajo publicado en "ECONOMICA" (1) y la confirma GOTTFRIED HABERLER en la alusión que le dedica en el prólogo a la edición española de su libro "PROSPERIDAD Y DEPRESION", el cual expresa su juicio como sigue: **"Como señala el profesor ROBERTSON, el señor BERNACER se anticipó a J. M. KEYNES y a él mismo en varios aspectos; por ejemplo, en su teoría del interés y en su forma moderna de abordar a través de un análisis de tiempo los problemas del dinero y del ciclo económico."**

No nos toca a nosotros en este momento exponer lo que LORD KEYNES representa para la Ciencia económica, pero sí baste recordar que en economía sus trabajos han hecho escuela y han originado lo que se conoce con el nombre de "revolución keynesiana". El profesor

---

(1) Revista de la LONDON SCHOOL OF ECONOMICS, Vol. VII (Nueva serie) Londres, Febrero de 1940.

ROBERTSON es un maestro eminente del campo de la investigación de los problemas monetarios, y el economista HABERLER es un tratadista muy profundo en el saber económico, cuyos conocimientos le han valido para el desempeño de cargos muy importantes, entre otros, el de asesor económico de la desaparecida Sociedad de Naciones.

Gracias a los trabajos del profesor BERNACER, España no ha quedado al margen de los progresos de la ciencia económica, con aportación efectiva y real y su nombre, nombre de español consagrado por su esfuerzo de investigador científico, es honra y prez de los economistas de nuestra patria.

Nuestro centenario se cierra bajo el signo de la investigación científica reconocida y realizada por un hombre destacado de nuestra clase de TITULARES MERCANTILES, y este hecho, que para nosotros tiene hondo significado, está seguido por el trabajo fecundo de tantos otros miembros de la gran familia técnico-mercantil, que, en puestos relevantes de las empresas públicas y privadas, ponen de manifiesto su virtud y su talento, que son el mejor elogio de cien años de vida de la CARRERA DE COMERCIO al servicio de España.

Madrid y abril de 1954

**M. BERLANGA BARBA**

Director de la Escuela Superior de Comercio

# MISION DEL ECONOMISTA

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL CATEDRÁTICO  
ILMO. SEÑOR DON GERMÁN BERNÁCER TORMO,  
en la solemne sesión de clausura que tuvo lugar el día 28 de  
Abril, en el Salón de Actos de la Escuela Superior de Comercio.

Nunca siente uno más su pequeñez que cuando, haciéndole un excesivo favor los que bondadosamente le atribuyen merecimientos que no tiene, le sitúan en un puesto de honor, como el que ahora ocupo. Se quisiera entonces, que la luz de una inspiración milagrosa cayese sobre uno, siquiera una vez, para mostrarse digno de la misión que se le ha confiado y le abruma. Mas como yo no me reconozco merecedor de ningún milagro, os habréis de contentar con las pobres ideas, de escasas galas vestidas, que yo os puedo ofrecer.

El sentimiento de mi responsabilidad aumenta tanto más, cuanto que vengo aquí en representación de una clase meritísima, dentro de la cual se hallan muchos que, con más méritos y lucimiento que yo, ostentarían esta representación.

Creo que, aparte de la bondad de aquellos que me encargaron esta tarea, debo el honor de mi designación como conferenciante en este acto, a que mis trabajos en Economía han tenido un vago eco fuera de este país, así que en esta solemnidad yo he de hablar obligadamente de Economía, un asunto que la gente reputa, con razón, muy árido; algo con muchas cifras y abstrusas consideraciones sobre producción, consumo, exportaciones, importaciones, balanzas comerciales, y otras zarandajas semejantes, con que yo no tengo valor para abrumaros esta tarde.

En vez de eso, me propongo preguntarme ante vosotros qué cosa es esta que llamamos un economista, y cuál es el quehacer de este ente bastante nuevo, no sólo aquí, sino en el mundo todo, donde es fruto reciente. Es uno de los seres cuya falta ha tardado más a notarse, no sé si porque no es mucha su necesidad, o porque obedece a algún hecho nuevo, sin raíces antiguas. Me refiero, naturalmente, al eco-

nomista puro, pues siendo la economía un hecho viejo como el hombre, alguien haría antes lo que fuera menester. Parece que lo hacían los comerciantes, los juristas, los industriales, los políticos, los filósofos, y otras gentes sin especial designación. En efecto, Quesnay fué médico; Turgot, intendente del rey; Smith, profesor de Filosofía; Malthus, pastor protestante; Ricardo, bolsista; Cournot, ingeniero; Bastiat, negociante; Marx, acomodado rentista y agitador; y así podrían multiplicarse los ejemplos.

La especialización es cosa moderna, casi de lo que va de siglo nada más, y para mí tengo, el porvenir invalidará o confirmará esta presunción mía, que será ésta una época poco fecunda en progresos, dentro de este campo, a juzgar por lo que se está viendo hasta ahora. Parece que el economista puro, apartado de los aspectos particulares de la vida económica, no le está probando a la Ciencia.

Pero siendo la división del trabajo uno de los grandes postulados del progreso económico, que faltase el especialista en esta actividad, hubiese sido cumplirse una vez más el adagio: "En casa del herrero, cuchillo de palo". Claro que, por una razón semejante, puesto que la Economía es la ciencia de la riqueza, los economistas debiéramos ser ricos, lo que no suele darse.

Ahora bien, en este pícaro mundo, todo, hasta lo más loable, tiene sus inconvenientes. Como a estos nuevos seres se les ha dado por misión cuidar de nuestra riqueza, (el objeto de la Economía, según Adam Smith, era "enriquecer al pueblo y al Soberano"), parece que no se les cuece el pan, mientras no pueblen la superficie del planeta, y por lo pronto, las mentes y el papel, de miles de millares de toneladas de acero y cemento, de millones de hectolitros de trigo, y hagan que los kilovattios pululen a nuestro alrededor, como las moscas en verano. Para su satisfacción, habría de haber a cada trecho una fábrica, una mina, y oírse por doquier el trepidar de los telares y el resuello de los motores.

Los economistas comprenden, sin duda, que si el acero se emplea para hacer cañones, y si las fábricas llenan los almacenes de géneros invendibles, la utilidad de todo esto será negativa. Ellos, naturalmente, no quieren el acero para cañones, y no tienen la culpa de que las cosas se empleen indebidamente, mas uno de los motivos que desempeñan algún papel en promover guerras y en crear la hostilidad que reclama cañones, es esa superproducción que no se sabe donde verter. Ellos advierten, de seguro, cuando reflexionan, que no todo consiste en producir mucho, que hay otras cosas más importantes, pero la impresión que dan sus escritos es que, de aumentar la producción a todo trance, depende la dicha de los países. Como desde los tiempos de Adam Smith, ha sido procurar la riqueza la misión del economista, identificándola al parecer con la felicidad de los pueblos, se ha dejado llevar de ese señuelo, y la ha considerado como su tarea esencial. Es esta una deformación profesional muy frecuente en los especialistas: el médico os encontrará fácilmente síntomas de la especialidad que culti-

va; un agricultor verá una buena tierra de olivar, allí donde el poeta sólo encuentra la fuente de inspiración para una poesía bucólica.

Todo esto no tendría demasiada importancia, si no condujera a las gentes a una visión materialista de la vida, cual si en ella no hubiera otra cosa por hacer que aumentar el índice de renta "per cápita". Ya el hombre, especialmente el de hoy, tiene demasiada propensión al materialismo, y no conviene darle la sensación de que está en lo cierto. Dios me libre de considerar cosa vitanda la riqueza; es muy natural que el hombre la apetezca, y muy legítimo que trate de procurarse, por medios honrados, el bienestar y la seguridad que proporciona. Si yo dijese que se debiera predicar el renunciamiento y la pobreza, me pondría en contradicción conmigo mismo, que, al dedicar trabajos y desvelos a la ciencia crematística, que no ha constituido nunca mi especialidad profesoral, ya hube con eso de dar fe, de que ese asunto de que la Economía se ocupa, me parecía cosa muy importante. Ahora, de ahí a hacer de ella el eje de la vida, hay mucha distancia. Riqueza, sí, pero en esto más que el cuánto importa el cómo y el porqué. Mala es la miseria, mas si el dar más jornal al obrero, sirve para que lo malgaste en la taberna, se añade a la miseria el vicio. Y en el otro extremo ¿qué decir del nuevo rico que no sabe hacer buen uso de la riqueza demasiado pronto adquirida? Es que la riqueza debe venir acompañada de la educación, de la formación moral, que no se improvisa tanto como la riqueza cuando depende de un golpe de fortuna.

Pasa con esto como con el progreso. Progreso, sí, pero no a cualquier precio. Un progreso que aumente la satisfacción del hombre, su bienestar, su seguridad, su íntimo contento, es apetecible. Un progreso que agrande sus inquietudes, un progreso que prepare la destrucción del mundo por fuerzas ciegas, puestas al servicio de la insania, es un progreso aceptado a la fuerza, como un grillete, pues ni siquiera podemos renunciar a él, por temor de que otros lo utilicen en nuestro daño. Un progreso así nos hace soñar con alguna mítica edad de oro, sin nuestros adelantos, pero también sin nuestras preocupaciones.

La tendencia materialista de la Economía se hallaba antes mitigada por la inclusión de esta disciplina en la Ética, junto con la Moral y el Derecho. Pero, modernamente, se ha dado en asignarle un carácter matemático. Si la Economía está llena de números, es natural que se asocie con la ciencia de los números. Las Matemáticas son una disciplina admirable e imponente, que merece todos los respetos, mas es una ciencia puramente formal, una máquina que no devuelve más que lo que en ella se echa, después de haberlo triturado con los dientes de la Lógica; aplicada a las ciencias humanas, puede crear verdaderos monstruos de razón. No tiene nada de particular que contribuya a materializar, a deshumanizar como diría Ortega Gasset, la Economía.

El mal no está, naturalmente, en las Matemáticas, ciencia neutra, sino en el modo de hacer uso de ellas. Como su primer aplicación, en su sentido riguroso moderno, ha sido a la Mecánica y a la Física, por una inclinación comprensible, se ha atendido a calcar los conceptos que se refieren a las ciencias humanas, sobre los de las ciencias de la materia, para aplicarles métodos semejantes.

El que siguen actualmente los economistas matemáticos o econométricos, no se ha limitado a reconocer que hay en la Economía ciertos factores cuantitativos o numéricos, que pueden ser sometidos a tratamiento matemático, sino que por conveniencias de su sistema, han querido introducir el número en el propio espíritu del hombre, admitiendo que cada uno lleva consigo un plan preconcebido y cifrado de sus apetencias y repulsiones, de sus sentimientos e inclinaciones, de sus demandas y ofertas económicas. Esto no es sólo evidentemente falso, sino que lleva a prejuzgar una cuestión metafísica de la mayor trascendencia. Porque, si el espíritu humano fuese una máquina de calcular, que cifra sus estados de ánimo, la consecuencia determinista sería inmediata; en tanto que, si sus decisiones se plasman sobre elementos fundamentalmente cualitativos, como creen Bergson y la Ontología clásica, la conciencia del hombre se produciría en plena libertad moral, no sobre valores materiales, sino sobre valores morales. Este es el sentido en que la introducción de las Ciencias del número ha contribuído a materializar la Economía.

Ese proceso de materialización de la vida, que se ha introducido en el mundo en complicidad con la Economía, tiene muy larga historia. Siempre ha habido gentes que antepongan los bienes materiales a todo lo demás. Pero en el siglo XIII. hubo un varón sapientísimo y austero, a quien el gran Papa León XIII declaró el primer Doctor de la Iglesia, y con esto ya lo he nombrado: es Santo Tomás de Aquino, el patrono de la enseñanza. Sus ideales eran sanos y dignos de su exaltado cristianismo. En lo que a la Economía se refiere, combatía la usura del capital en todas sus formas, predicaba el deber del justo precio, y se oponía a todo lo que fuera explotación del hombre por el hombre. Su enseñanza, en aquellos tiempos en que no se había establecido todavía ese dualismo acomodaticio entre la vida espiritual y la temporal, era un valladar contra la codicia y el lucro.

Mas, he aquí que, unos dos siglos después, otros hombres vinieron, en plan de innovadores, a reformar la religión, y de paso, reformaron estas reglas morales de conducta económica. Los materialistas de la Historia, que pretenden que todo se rige por causas económicas, incluso la Religión, quizás mirarán en esto la principal razón de la Reforma. Pero es absurdo; sin duda la Reforma tuvo múltiples causas de diversa índole, que yo carezco de ciencia para analizar; y ~~el~~ cambio, en lo tocante a la Economía, no tuvo acaso más motivo, que ese afán de todos los reformadores y revolucionarios de variarlo todo, por la simple razón de que hay que hacer lo contrario de antes, lo cual es una manera de neutralizar con exceso lo poco bueno que suelen hacer, porque si siempre hay algunas cosas que deben reformarse, hay muchas más que merecen conservarse.

Santo Tomás, como ocho siglos antes San Agustín, quería reformar a los hombres; y estos reformadores prefirieron conformarse con las tendencias egoistas de los hombres, y reformar la doctrina, haciéndola más realista, es decir, más conformista con el materialismo humano. Algunos autores atribuyen a esta diferente actitud de las dos doctri-



nas ante lo económico, el mayor enriquecimiento de las colectividades protestantes frente a las católicas, aún en los casos de convivencia de ambas en un mismo país, según ocurrió con los hugonotes y los papistas en la Francia del siglo XVI.

Pasaron dos siglos más, durante los cuales se desarrolló el mercantilismo, y con él, el culto del oro, y se extendió el comercio y la especulación, Y al cabo de ese tiempo, llegaron Adam Smith y sus discípulos, para consagrar el capitalismo, que había madurado entre tanto. La obra de Smith se titulaba "La riqueza de las Naciones", y ya hemos visto cómo había que entender esto. Algunos economistas de nuestros días han querido mitigar la crudeza de tal objetivo, sustituyendo ese concepto por la llamada Economía del bienestar. pero aún esa definición parece que se refiere más al bien material que al moral.

A la ciencia inglesa debemos el adelanto de la Economía, y hoy son todavía anglosajones los maestros de esa ciencia. En ello, quizás más que la bondad de su doctrina, ha influido un hecho ajeno a ella, pero que ha parecido a las gentes una prueba de su superioridad: el alto nivel de renta "per cápita", conseguido por la nación británica. Mientras tanto, la fisiocracia francesa, no obstante ser en bastantes puntos superior a la doctrina inglesa, cayó en el olvido.

La Economía construída por los teóricos ingleses adolece de una estructuración materialista, que había recibido su inspiración filosófica del empirismo de Bacon, del mecanicismo de Hobbes, del sensualismo de Locke, del escepticismo de Hume y del utilitarismo de Bentham. A ella pertenece la invención del **homo oeconomicus**, ese espectro de hombre que sólo se mueve a impulsos del afán adquisitivo. Imaginado para fines especulativos, con miras a edificar una Economía mecanicista, ha influido poderosamente en la deshumanización de ella. Aunque haya caído después en descrédito esta hipótesis, por su carácter un tanto grotesco, su espíritu perdura en la ciencia británica.

El materialismo histórico de Marx puede considerarse el hijo natural del **homo oeconomicus**. Muchos **homini oeconomicii**, reunidos en sociedad, no podían producir otra cosa que una historia al dictado del estómago y del ansia de riqueza. Marx había bebido con fruto en las fuentes del utilitarismo anglosajón.

Este parentesco genérico entre la doctrina capitalista tradicional y el marxismo, ha de transcender al terreno práctico. Yo no dudo en hacer esta afirmación que a muchos parecerá paradójica, y especialmente a los marxistas: el comunismo a la rusa no es lo opuesto al capitalismo, sino su cúspide, el capitalismo llevado a sus últimas consecuencias. Un solo capitalista: El Estado; y por debajo, una enorme manada de esclavos, que no tiene siquiera la libertad de cambiar de amo. Las tendencias al monopolio, evidentes en el capitalismo, se cumplen plenamente en el colectivismo soviético; el hombre, cogido por el estómago y por el cerebro, no tiene libertad de seguir su religión, ni de elegir su profesión, ni su consumo, ni su forma de vida privada, y se halla atormentado continuamente por el temor de la delación, de la prisión y de la violencia.

Los comunistas inventaron, con sus planes quinquenales, el **planismo**. Hubo que acudir a esto, que no entraba en el ideario de Marx, porque la economía rusa se hallaba en un estado caótico, que iba aumentando, en vez de atenuarse. Y como un doctrinario puede hacerlo todo, menos contesar que se ha equivocado y rectificar, se vió en los planes la manera de que aquello marchase, aunque fuera a costa de esclavizar a las masas, que decía haber venido a liberar. Lo notable, y esto revela el parentesco mental de algunos economistas de aquí con los de allí, es que muchos de los de aquí se han sentido conmovidos por el planismo ruso, y quisieran aplicarlo a la economía occidental, donde no todo ciertamente marcha a satisfacción. Esos economistas parecen haberse dado cuenta ahora de una cosa que no se les había pasado antes por las mientes: ¿Cómo es posible, que la complicada estructura de una economía moderna pueda marchar por sí misma, al azar, sin que intervengan hombres inteligentes que la dirijan y la sometan a un ordenado plan? A lo que cabe contestar, preguntando a nuestra vez: ¿Es que esa complicada estructura de una economía moderna consiente que ninguna inteligencia humana sea capaz de dirigirla con mediano acierto?

Yo debo de ser muy mal economista, pues no me encuentro apto para planear ninguna economía. Si alguna vez he intentado hacer planes sobre la mía particular, que siempre ha sido minúscula, esos planes no se han cumplido. Admiro, pero no envidio, a los que se sienten capaces de planear las grandes economías de las naciones.

Concedamos, empero, que algún plan hace falta a la postre, para que la economía marche adecuadamente. Pero, señores planistas, desde que el mundo es mundo un plan existe: es el plan con que el Supremo Hacedor hizo el Universo, y es de suponer que, en su infinita sabiduría, lo haría mucho mejor que nosotros podríamos rehacerlo. Sobre esto tenemos algo más que supuestos: ¿Qué cosa más admirable esa fina estructura de los átomos, que las investigaciones de los físicos nos descubren? ¿Qué maravillosa ordenación la del universo estelar? ¿Qué milagro este de la vida, en lo poco que conocemos? Y con todas sus flaquezas, ¿no es sorprendente, hasta el asombro, ese fenómeno de la inteligencia y la conciencia de los hombres, que Kant declaraba, junto con el cielo estrellado sobre su frente, las dos más admirables maravillas de la Creación?

Pero suponer que esa inteligencia es capaz de ordenar el mundo, mejor que lo está, es el acto de soberbia humana más grande que conozco.

Lo que pasa es que el plan de la Creación nos es desconocido, y tenemos que irlo descubriendo penosamente. La diferencia entre el Universo y el Caos es que el Universo tiene unas leyes, las leyes naturales, que es misión de la Ciencia interpretar y traducir a nuestro lenguaje y mentalidad. El economista, como los demás científicos, tiene a su cargo descubrir las que le competen, y en el conocimiento de ellas encontrará, mejor que en sus planes, la pauta a que ha de

ajustarse. ¿No tiene, en descubrir aquellas leyes, **no en inventarlas**, una tarea más importante y meritoria que la de hacer planes?

Porque una de dos: o tales leyes existen en la Economía, como existen en todas las demás Ciencias, o no. Si existen, a ellas ha de ajustar el economista su conducta y su consejo, y no a unos sistemas o planes caprichosos. Y si no existen, ¿con qué derecho puede aconsejar al político que haga esto mejor que aquello? La única razón que tiene un hombre de ciencia, para que su opinión prevalezca sobre la de los demás, es que él sabe más en su especialidad que cualquier otro. Pero si ese sector en que el economista se mueve es un mundo sin normas, un mundo en que las cosas no se repiten nunca de la misma manera, y en que nada por tanto se puede prever, ¿qué ciencia infusa podría ser la suya? ¿Qué destello divino habría caído sobre la frente del economista, de que los demás hombres no podrían gozar? Si fuese así, ni la Economía sería una ciencia, ni el economista un profesional; sería, a lo sumo, el nigromante de un arte oculto.

Podrá decirse que el economista no trata de suplir las leyes naturales, sino de acomodarse a ellas, como el ingeniero se adapta a las leyes físicas y construye, en consonancia, los planos de sus máquinas. Sin embargo, el símil no vale, porque las máquinas se hallan formadas por ruedas y piezas inertes, mientras que el plan económico ha de operar sobre hombres, que tienen su conciencia, su voluntad, y deben tener su responsabilidad.

En todas esas planificaciones hay —aún sin darse mucha cuenta sus autores— una tendencia a la mecanización de la sociedad. Hecho un plan, caben dos cosas: o los seres humanos se someten estrictamente a sus exigencias, como las ruedas de una máquina a girar en sus ejes fijos; o se les deja libertad para que se muevan según su personal inclinación. En el primer caso no se respeta la personalidad humana; el hombre deja de ser hombre y se convierte en una cosa. El espejo de esto lo tenemos en Rusia, donde hay que emplear terribles castigos y violencias para doblegar la libertad del ciudadano. Si se respeta en todo o en parte su albedrío, el plan no se realiza exactamente, y hay necesidad de rectificar.

Pues para esto último tenemos ya una máquina económica, inventada hace mucho tiempo; se llama el mercado. El mercado es un mecanismo de corrección automática de los desajustes en que se haya incurrido. Cuando se advierte, por ejemplo, que se produce lo que el público no quiere, o no se produce lo que demanda, los industriales y comerciantes avisados rectifican en seguida, porque les va en ello su interés, y el ajuste se realiza pronto. Sabido es el progreso que representa el automatismo. Todo lo que la electrónica moderna ha conseguido, es crear mecanismos automáticos muy sensibles; una célula fotoeléctrica o una ampolla electrónica están sólo atentas a lo que han de hacer, y sus reacciones son seguras y rápidas como el rayo. Los automatismos del mercado no son tan rápidos, pero de todos modos, lo son mucho más que toda la teoría de consultas, comprobaciones, acuerdos y papelec que comporta la fiscalización de un plan.

Esto que digo no es recomendar el fatalismo ni el cruzarse de brazos. Ayúdate, y Dios te ayudará. Lo que quiero decir, es que el proceder adecuado consiste en investigar pacientemente las leyes de la Naturaleza, y ajustarse humildemente a ellas. Tan malo es entregarse ciegamente al destino, como tomar la posición de suplir la obra de Dios.

El mercado es precisamente lo que los planistas piensan que no funciona bien. Y en vez de preguntarse si será que no lo conocen suficientemente e infringen por ello las leyes a que debe ajustarse, dan por supuesto que no hay ya nada más que saber, y procede que la sabiduría humana ajuste lo que está irremediablemente desajustado.

El caso de desajuste más sangrante es el del mercado de trabajo. Nos dice la tradición bíblica que el hombre fué castigado a ganar el pan con el sudor de su frente. Dios no le puso a esa sentencia, que sepamos, ninguna cláusula limitativa. ¿Cómo es posible que la decretara, sabiendo que no podría cumplirse en todas las ocasiones?

Pues bien, esa cláusula limitativa se la ha puesto un hombre tan eminente como Lord Keynes, el cual admite que hay equilibrios económicos en la desocupación, de modo que el paro resulta incurable por medios naturales, porque la limitación del empleo de brazos es una ley de la Economía. Así, el grave cáncer social que corroe a los pueblos hace ya muchos años, esa patética calamidad, que no dudo en reputar como la mayor maldición que pesa sobre la Humanidad, mucho más grave que la condena al trabajo, la condena al no trabajo, se convierte en un mal crónico sin remedio, porque el remedio no cabe esperarlo del progreso, que tiende a agravarlo.

No puedo proponerme aquí —sin abusar atrocemente de vuestra paciencia— exponer los razonamientos del economista inglés, pero permitidme que los esboce a grandes rasgos, para lo cual tengo que simplificarlos mucho: Los recursos que los sujetos económicos reciben son el medio que ellos tienen de demandar lo que necesitan. Esos recursos, unos se gastan y otros se ahorran. La demanda global del mercado está formada por el total de los recursos que se gastan en el consumo, pues el ahorro supone evidentemente **per se** una falta de demanda. Como del volumen de ésta depende la producción y la ocupación posibles, el aumento del ahorro supone la disminución de las oportunidades de ocupar trabajo. Ahora bien, a medida que se multiplica el empleo de máquinas, aumentan las posibilidades de ahorro, disminuye la demanda y, por tanto, la cantidad de trabajo necesario para atenderla. Por otra parte, la multiplicación del ahorro, que no encuentra aplicación, a causa de la saturación de capital en todos sus empleos, causará lo que Lord Keynes llama la **eutanasia del rentista**, la suave desaparición de los perceptores de rentas de capital.

El porvenir que se deduce de aquí nos ofrece un cuadro bastante sombrío: un planeta poblado de grandes monstruos de hierro y, dispersa entre ellos una Humanidad que va desapareciendo por innecesaria, fuera de algunos técnicos para cuidar de esos leviatanes te-

restres. El resto de la Humanidad sería un remanente a extinguir, que sólo podría seguir viviendo de la caridad pública, es decir, de que el Estado les dé un subsidio, o los emplee en obras fútiles, o simplemente en abrir hoyos en el suelo para rellenarlos después, un pretexto para darles trabajo y que no perezcan de inanición.

Es digno de notarse que siglo y medio antes, otro autor inglés, Malthus, había explicado el mismo fenómeno: el paro y la sobra de gentes, por la insuficiencia de la producción, ante la imposibilidad de que las tierras agrícolas disponibles alimentasen a todos. Ahora es el exceso de productividad el culpable. Es que Malthus vivió en tiempo de guerras y escasez, de las hambres de Irlanda y la India, en tanto que Keynes conoció la crisis de superproducción de 1929, el envilecimiento de los precios por falta de demanda y la política antiproductivista del trust cerebral de los Estados Unidos. Uno y otro llegan, sin embargo, a la misma conclusión pesimista; parece que lo que interesa es justificar que vivimos en un mundo muy malo y, con todo, el mejor posible. Por algo los ingleses han calificado la Economía con el nombre de la **dismal science**.

La teoría de Keynes hubiese sido encontrada natural por un prócer romano de la decadencia. Si hacía falta menos población esclava, para mantener y regalar a los hombres libres de Roma, era lógico que se la redujera al límite conveniente. Es la misma razón que hace natural reducir el número de cabezas de ganado caballar, a medida que se van sustituyendo los caballos de sangre por los de vapor. Una teoría de este tipo es la teoría propia de la esclavitud.

El aspecto moral del problema se deja de lado, aunque es esencial, puesto que se trata de hombres teóricamente libres. Una parábola me va a servir para destacar esta faceta de la cuestión. Cuéntase que, en las antiguas cárceles inglesas, había una rueda movida por una manivela. Cuando se quería castigar a un preso se le hacía dar vueltas a la rueda durante cierto tiempo. La pena material no era grave; lo que la convertía en un suplicio es que el castigado sabía que aquella rueda no movía nada, que era un esfuerzo baldío el que hacía. Esto demuestra que, hasta en los criminales, subsiste la conciencia económica, que quiere que a un esfuerzo corresponda un producto. Quizás el penado no haría el trabajo si fuese libre, pero, de hacerlo, desea que sea útil a alguien, aunque no sea a él mismo, que eleve, por ejemplo, agua que sirva para calmar unos labios sedientos o muele trigo que aplaque el hambre de un semejante. ¡Cuán lejos estamos del hombre económico, que sólo vibra ante el interés personal!

Esta moral económica es indudablemente más fuerte en el hombre laborioso, y parece que se hallaba muy desarrollada entre los miembros de los antiguos gremios medievales. Los empresarios actuales se quejan de que está en decadencia progresiva. No es de extrañar; si subsiste débilmente, será porque tiene mucha vitalidad. ¿Qué atención se le ha prestado? ¿Qué se ha hecho por cultivarla? Partiendo de un concepto puramente utilitarista del trabajador, como de todo hombre, se ha supuesto que lo único que en el trabajo le

importa al obrero es el jornal y las horas de ocupación; esto es lo único en tela de juicio. Los aumentos o disminuciones de salario no tienen nada que ver con la utilidad del trabajo que se realiza; dependen de una huelga ganada o perdida, es decir, de un atentado a la producción, dependen de una presión sindical o de una decisión ministerial. En una palabra, el salario no tiene hoy un carácter económico, sino político. Todo eso es contrario a la moral laboral. Igualmente lo es el subsidio de paro o el jornal pagado por un trabajo de utilidad dudosa, con el exclusivo objeto de remediar la desocupación. Es como dar vueltas a la rueda baldía. El penado lo hacía por la coacción de sus carceleros; el trabajador libre por el hambre suya y de los suyos. Pero la tortura moral es la misma, si el trabajador conserva su conciencia laboral; y si la ha perdido por el desuso, entonces ha dejado de ser un elemento útil para la economía, y está en camino de serlo perjudicial, porque se halla en el punto en que puede derivar hacia alguna actividad criminal y ser un sumando negativo de la sociedad.

La existencia del paro en sí misma tiene efectos perniciosos en la moral del trabajador, porque éste se considera en el "deber de clase" de dar poco rendimiento, para no perjudicar a sus compañeros y a él mismo, aumentando las causas de desocupación. La moral del trabajo resulta así invertida. ¿Y no se traduce todo esto en disminución de esa renta **per cápita**, tan cara a los economistas?

Yo ya sé que estas cosas no tienen fácil remedio. Si lo tuvieran fácil no haría mucha falta el economista. Lo que yo quisiera hacer ver, es que no lo tendrán nunca por el camino emprendido hasta ahora. La solución es que el mercado de trabajo se equilibre, y que el precio del trabajo se regule en él de una manera justa y objetiva, según el valor de su producto, sin depender del capricho de nadie.

Pues bien, no es eso lo que han decidido los economistas anglosajones, que se han ocupado del pleno empleo. Ellos nos dicen que para conseguirlo, no bastan los medios naturales, que hay que crear artificialmente motivos de ocupar el trabajo, mas no hay que llevarlos al límite; conviene dejar una cierta desocupación, algo así como el cinco por ciento de parados, para que quede alguna holgura en el mercado de trabajo. Seguramente esa holgura no es en beneficio del trabajador ni de la justicia. Es como si un vendedor dijera que su balanza debe pesar justo, pero "con una carga de 5 por 100 en el lado de la mercancía", por si acaso.

Ciertamente que, como problema inmediato, un cinco por ciento de desocupación no es cosa grave; esa masa de desocupados puede ser mantenida por familiares que conserven sus empleos, por una cotización de sus compañeros de trabajo todavía empleados, o por la caridad pública o privada. Lo grave del caso no es esto; es que en todo mercado y —esto lo enseñan los economistas de cualquier escuela—, en tanto haya un exceso de compradores, el precio tiende a subir; y a bajar, mientras hay vendedores que no encuentran comprador para sus mercancías; y si ese precio está en el límite más bajo

que pueda admitirse, no sube hasta que el mercado no encuentra antes su equilibrio perfecto. Mantener un exceso de oferta en el mercado de trabajo, siquiera sea pequeño, el 5 y aún el 2 por 100, es la manera de que el salario tienda "al mínimo con que el trabajador esté dispuesto a vivir y reproducir". Este ha sido el argumento Aquiles de los escritores socialistas. Es a partir de este punto cuando el salario deja de ser un precio económico, y adquiere el carácter de un precio político, un precio político que se mantiene por la fuerza sindical de los obreros, por la huelga, por todos los medios de lucha social; y es ese momento aquel en que la economía deja de ser un negocio de colaboración pacífica, para convertirse en una lucha de clases, todo lo contrario de lo que haría falta para que esa colaboración resultase fecunda, y hasta nos aportase, si no todos los millones de toneladas de productos con que sueñan los economistas de altos vuelos, todos aquellos que fueran menester según la voluntad de Dios. Lo importante es que nos trajera la paz, la seguridad, la confianza en el porvenir, la hermandad y la íntima satisfacción de vivir en un ambiente de justicia y mutua ayuda, en un ambiente de unidad moral, en un ambiente en que la explotación y la opresión del prójimo no sea el medio de obtener una vana riqueza que, así conseguida, no aporta la felicidad.

He escogido, como habréis observado, el mercado de trabajo y sus problemas para ejemplificar mi tesis, porque aunque toda la economía sea ciencia del hombre y, en cuanto escarbamos en ella aparece el problema moral que se enlaza con todo lo humano, es en el mercado de los servicios económicos donde el problema se ofrece con toda su hondura y patetismo, por ser el que más de cerca toca al hombre en su carne. Todos los demás que pudiéramos haber utilizado igualmente, quizás no son más que derivaciones de éste, como ese desequilibrio del mercado de productos, que se llama superproducción, o el de esa quiebra de la economía, que se llama crisis, o el de esa intoxicación monetaria, que se llama inflación, o en fin, el de esa fuerza espúrea que se ha introducido subrepticamente en la vida actual, y a la que se llama vagamente poder del dinero, uno de los elementos más inmorales de nuestra sociedad presente, peor que toda tiranía, porque la tiranía es al menos ejercida por un ser humano, que puede ser un malvado, pero tiene un corazón, mientras que esta otra es la tiranía ejercida implacablemente por una cosa, por una cosa que es la obra del hombre y que ha escapado a su control. Poder que se basa en la miseria ajena, y tiene por efecto estimular hasta el frenesí el pecado de codicia. Creo que los ejemplos no nos faltarían, y en todos encontraríamos el mismo profundo mal. Pero es hora de terminar.

No quisiera hacerlo sin manifestar un temor que ha surgido en mí con la lectura de muchos economistas actuales, y hasta oyendo las opiniones de algunas gentes que no lo son. Piensan ellos que la manera de desarmar al comunismo es imitarle en algunos aspectos, y hasta crear sistemas intermedios entre él y el capitalismo (comunismo o socialismo liberal, capitalismo socialista, etc.). Y a mí me ha dado por pensar que esta es una agua tofana, más peligrosa que las quintas columnas y que los ejércitos soviéticos, porque crean una desmo-

realización en nuestras filas. Parecen algunos transigir con cierta forma del marxismo, con tal de que no lleve ese nombre, no clausure los templos, nos deje leer algunos libros no marxistas y nos tolere algunas pequeñas libertades.

Los que así piensan no han medido toda la profundidad del abismo que se abre a nuestros pies. Ellos no creen, como creo yo, que el bolchevismo es la evolución natural del capitalismo; erraríamos si creyésemos que el sistema ahora existente en Rusia es el que soñaron los revolucionarios que lo implantaron; eso no pudo ser un ideal de nadie. El sistema ha venido por una lenta evolución en que sus propios fautores han sido los instrumentos de una fatalidad incontrastable. Si lo que yo pienso fuera cierto, todo régimen intermedio no hace más que facilitar la transición; los híbridos no son fecundos, y el resultado sería caer hacia donde nos inclinamos, lo mismo que el que pasa de la cumbre a la ladera, tiene cada vez más peligro de despeñarse en el barranco. Nuestra salvación está en alejarnos por el otro lado, a un tiempo del bolchevismo y, de lo peor, del capitalismo.

Quienes no podemos aducir autoridad, necesitamos ofrecer testimonios y pruebas, y yo voy a aportar a lo que digo uno conspicuo sacado de la obra capital de Lord Keynes. Como aclaración previa necesito explicar el sentido de una palabra inglesa, que aquí es una palabra clave. Me refiero al vocablo "compromise". Tiene la misma etimología, y casi la misma ortografía, que el español compromiso, aunque sentido muy distinto. Mientras para nosotros significa una obligación libremente contraída, para los ingleses es una transacción entre diferentes puntos de vista, hasta obtener un **cocktail** en que haya desaparecido de cada opinión lo que más pueda herir los puntos de vista contrarios, llegando así a un acuerdo entre los mantenedores de ellos. Quizás lo más parecido objetivamente al sentido del vocablo inglés sea el de nuestro **componenda**; pero el genio de nuestro idioma, que es en gran parte el genio de la raza, ha unido a la palabra componenda un sentido despectivo, que no tiene para los ingleses el "compromise", que ellos consideran la expresión genuina de la política realista, de la sociabilidad y convivencia, de la transigencia en fin, en tanto que para los españoles lo es de la falta de seriedad y de fidelidad a las propias convicciones. Para nosotros, el pan ha de ser pan, y el vino, vino; las sopas de vino nos repugnan.

Y ahora vamos al párrafo en cuestión: "Concibo —dice— que una socialización amplia de la inversión de capital demostrará ser el único medio de conseguir una aproximación al pleno empleo, aunque esa necesidad no excluya **toda suerte de componendas y de artificios, por los cuales la autoridad pública coopere con la iniciativa privada. Pero, fuera de esto, no hay razón evidente para proponer ningún sistema de socialismo de Estado, que abarque la mayor parte de la vida económica de la comunidad.**"

No parece percibir el economista inglés, que éste es el medio de llegar a ese socialismo de Estado, para lo cual no hay, a su juicio, "ninguna razón evidente". Dos soluciones caben en esas componendas en-



tre la iniciativa privada y la pública: que estén en competencia o en combinación.

Lo primero apenas es concebible cual sistema estable. ¿Cómo admitir que la competencia privada imponga jamás su ley al poder público? Tiene éste demasiados recursos en los resortes del poder y en el aparato fiscal, para consentir el riesgo de ruina de las empresas que sean sus criaturas, si es que desde el principio no les otorga privilegios y exenciones que hagan la competencia imposible a quienes pretendan luchar a campo abierto. Lo más probable es que la bancarrota o el temor de ella elimine pronto a la iniciativa privada, y el Estado se vea obligado a suplirla totalmente, convirtiéndose en el único capitalista.

Más probable es que las empresas privadas, para subsistir, se alíen con las públicas, y éstas acepten la alianza con ellas, para aprovechar su experiencia, y como transacción con los partidarios de la empresa privada. Ya en el régimen capitalista de pura empresa privada, la formación de trusts es hecho corriente, y el poder público ha tenido que intervenir frecuentemente, para defender al consumidor de esta coalición de productores. Si el Estado pasa a ser el interesado principal de esas combinaciones, ¿no es de temer que el consumidor quede indefenso, verificándose una inversión del orden natural, según el cual el organismo <sup>productor</sup> ~~consumidor~~ ha de ser el servidor del consumo, que es la verdadera finalidad, para venir a convertirse en el amo, que toma al consumidor por simple instrumento de su prosperidad? Ni siquiera puede considerarse que un régimen semejante sea estable, pues siendo el Estado el que desempeña en él papel predominante, y gracias a lo cual la combinación tiene asegurada su prosperidad a expensas del país, pronto se consideraría que el capitalista privado es en ella un parásito que participa indebidamente en unos beneficios que no le corresponden. Y en esto no dejarían de tener razón los opinantes; al menos, en el caso del Estado, la confusión de éste con la colectividad justifica aparentemente la exacción; en el caso de los particulares, no hay justificación posible, de modo que serían pronto eliminados probablemente, aunque su subsistencia pro forma, no alteraría el hecho virtual de que las empresas sean empresas públicas, y el régimen un capitalismo del Estado.

El resultado en todos los casos será concentrar en una sola mano, a la vez el poder político y el económico, una prepotencia omnímoda como acaso nunca ha existido antes del Estado soviético. El sello que esa tiranía lleve será cosa accidental, que dependerá del azar de unas elecciones más o menos amañadas, de un golpe de Estado o de un asalto al poder. El mal está en esa concentración de poderes que hace de su posesión un instrumento de vida o muerte para los intereses, las ideologías o las aspiraciones en juego. ¿Qué se habrá conseguido con esto? Hacer las luchas políticas más feroces e inhumanas, encarnizadas hasta el aplastamiento de todo adversario posible, con lo cual no cabe ni la transacción ni la convivencia. La única ley es el **voe victis**.

Nuestro camino se habrá realizado en sentido inverso del apete-

cible, pues si queremos la paz entre los hombres, la estrella que nos guíe ha de ser la que nos lleve por la ruta <sup>de que</sup> del Poder y la Riqueza — los dos objetivos que hay tras todas las luchas humanas— sean menos codiciables, y no más.

Termino, resumiéndome. No sé si seré yo el equivocado. En todo caso, respeto las opiniones contrarias a la mía. Pero mi pensamiento sincero es que el problema económico, enfocado en su aspecto puramente material, se halla encerrado en un callejón sin salida o con salidas muy turbias. No es esto decir, como lo ha dicho alguien, que la cuestión social sea una cuestión moral, no. Si esto fuera así, los economistas nada tendríamos que hacer, sino en todo caso ponernos a sermonear, que es lo que yo estoy haciendo esta tarde. Pero ese no es nuestro oficio. Otra cosa nos incumbe... El propio Santo Tomás, todo ponderación, admitía la legitimidad de que el hombre se procurase sobre la tierra un bien relativo; éste es el que busca la Economía, mas no podemos prescindir de que es una parte del otro, y que no puede estar en oposición con él, ni desligado de él. Allí donde hay una lacra moral, no está tampoco la verdad económica. Una demostración matemática de esto, yo no la sabría dar, pero me parece una buena hipótesis de trabajo para el investigador. La Creación no tiene fe de erratas; las erratas las ponemos nosotros.

Si yo tuviese autoridad —que no la tengo— para dar un consejo a mis colegas, les induciría a que se guiasen por este principio, porque creo que, cuando lo sigamos, lo demás, como promete el Evangelio, se nos dará por añadidura.

Comprendo la sugestión que ejerce el alimento intelectual que se nos proporciona en materia económica, desde fuera, bajo nombres prestigiosos y como el **non plus ultra** de la ciencia; pero eso no es lo nuestro. Nuestra tradición ideológica es otra; inspirándonos en ella podemos construir una Economía mejor, una Economía que, siendo más humana, sea más verdadera, y siendo más nuestra, sea más universal.

Y no exaltemos el amor de los bienes materiales, que no es nuestra misión hacer de ellos el centro de la vida, sino, antes bien, conseguir que el problema económico deje de ser un problema, y el objeto casi único muchas veces de nuestras preocupaciones. En este aspecto la Economía tiene un fin muy amplio que realizar: no sólo ha de redimir al pobre de la preocupación de su pobreza, sino también redimir al rico del cuidado excesivo de su riqueza. Si el progreso, y en particular el progreso económico, tiene alguna significación, ha de ser la de que nos permita reservar la mayor parte de nuestro tiempo y de nuestras energías para los más altos fines del espíritu, si es que la vida ha de valer la pena de ser vivida.